

No existe nada más serio que el humor político

Eduardo Arias

El humor político es un oficio muy serio. Si sólo fuera una bufonada, una insulsa sucesión de palabras o imágenes que se lleva el viento, anécdotas sin más o efímeras notas a pie de página sin importancia, no se conocerían tantos y tantos casos de censura a caricaturistas y humoristas de la radio y la televisión, a veces con amenazas de muerte. Algunas las hicieron efectivas quienes el doctor Horacio Serpa denominaba como "las fuerzas oscuras". En Colombia, el caso más conocido es el de Jaime Garzón, quien murió asesinado hace 11 años.



Si el humor político no fuera importante, trascendental, determinante, en los textos serios de historia no se recurriría a él para ilustrar episodios con caricaturas de época. Los historiadores saben que en una sola viñeta los humoristas a veces son capaces de sintetizar el espíritu de un tiempo, de una sociedad. Podría decirse que una buena caricatura dice más que mil palabras. O a veces libros o tratados.

No es fácil ser un humorista político. No le basta contar con la habilidad y el ingenio para encontrarle ángulos agudos e inesperados a los hechos o los personajes. También hace falta que sea una persona estructurada, no necesariamente en la academia, pero sí con criterios propios acerca de lo que debe ser la política, la ética y la moral de lo público. Es más. El buen humorista político antepone lo público, el interés público, a los intereses personales o de determinado grupo político, social o económico.



Los humoristas políticos casi por norma fiscalizan a los poderosos y, de alguna manera, protegen lo público. No sobra decir que el humorista político entiende por poderoso a todo aquel que detenta un poder, sea legal o ilegal, y abusa de él para su beneficio o el de su círculo de allegados.

En el caso concreto de países como Colombia, que se encuentran inmersos en un conflicto armado, no puede ser un buen humorista político quien ataca al gobernante y se hace el de la vista gorda con los abusos y los horrores de la guerrilla. El que le cobra cada salida en falso a los gobernantes y les perdona todo a quienes ejercen la oposición. Sin importar de qué lado esté su corazón o su conciencia o sus convicciones, el buen humorista antepone esas consideraciones a lo que le señalan los hechos.

El humorista político es, ante todo, un espíritu independiente. Independiente no significa que se oponga a todo. Que no tenga convicciones políticas o religiosas. No hay nada más discutible que la presunta independencia del que contesta no a todo, del que lo niega todo. Este es un esclavo de su afán por buscarle el pierde a todo.

Independiente tampoco es sinónimo de objetivo. De hecho, lo que hace valioso a un humorista político es, precisamente, que ofrece un punto de vista, una mirada particular de la realidad, que sienta una posición. El humorista político no redacta titulares de diario. Por el contrario, se nutre de esos titulares para sentar su punto de vista. A veces, a través de un apunte que genera una sonrisa o la carcajada. Otras, a través de un dibujo, un texto o un parlamento que denuncia una injusticia, y que no tiene por objetivo hacer reír. Nunca sobra recordar que el humor político no necesariamente es un buen chiste. A veces ambos coinciden. Una buena pieza de humor político puede llegar a producir una carcajada. Pero si detrás de esa carcajada no queda impresa una reflexión, no se expresa de manera contundente un argumento, un punto de vista, tal vez como chiste jocoso sea un éxito pero como pieza de humor político es un fracaso. Por ejemplo, caricaturizar la manera de hablar de un ex presidente y poner en boca suya cualquier parlamento que no refleje su manera de actuar o no haga referencia a alguno de sus actos.

Un humorista político no parte de la base de que debe atacar a sus adversarios y defender a sus correligionarios. Ricardo Rendón era liberal,

miembro de su partido, y convencido de las doctrinas de su colectividad. Durante los gobiernos conservadores enfiló la pluma contra el régimen. Pero eso no significó que, al asumir el poder Enrique Olaya Herrera, el primer presidente liberal del siglo XX, Rendón guardara en un cofre su espíritu crítico. Por el contrario, tomó la vocería de un pueblo que comenzaba a perder la paciencia al ver que el nuevo mandatario postergaba las medidas necesarias para mejorar las condiciones del pueblo. Lucas Caballero Calderón, Klim, liberal convencido, fue un crítico implacable de las que él consideraba indelicadezas intolerables de los gobiernos de Alfonso López Michelsen y Julio César Turbay Ayala.

Por lo tanto, al humorista político, a menos de que maneje con extrema inteligencia y algo de cinismo las relaciones públicas, le queda muy difícil hacerse amigo de los poderosos. Algunos de estros personajes entienden que la función del humorista es fiscalizar sus actos y soportan los dardos de buen ánimo. Otros, en cambio, los consideran peligrosos, sospechosos y, en situaciones de polarización extrema, los señalan de subversivos, de terroristas, de enemigos de la patria.



El humorista político, al igual que los grandes científicos, no busca tanto obtener respuestas como formular preguntas inquietantes, que pongan a pensar a la sociedad.

El humorista político no tiene como finalidad sacarle chiste a un personaje caricaturizando sus defectos físicos o alguna carencia de lenguaje. De pronto tenga que valerse de algún rasgo que le permita caracterizarlo, pero la finalidad debe ser, ante todo, poner en evidencia sus debilidades como gobernante, dirigente o personaje público.

El buen humorista político no se mete en la vida privada de los personajes, a menos que el personaje en cuestión las haya vuelto públicas. Para fortuna de los humoristas, a la mayoría de los poderosos les gusta hacer pública su vida privada a través de las páginas sociales de las revistas, las secciones de secretos de los noticieros, con lo cual permiten que el humorista enriquezca su repertorio. En Colombia varios nombres de empresarios y hombres de negocios se han vuelto de uso pública por el sólo hecho de aparecer una y otra vez en fotos de cocteles, almuerzos campestres y reuniones similares.

En un país como Colombia dedicarse al humor político trae ventajas. Una de ellas, que muchas de las noticias parecen chistes. A pesar de la carga trágica que muchas de ellas traen. Parafraseando al político de antaño que decía: “Colombia es tierra estéril para las dictaduras”, puede decirse que “Colombia es tierra fértil para el humor”. De hecho, dos secciones que tenían mucho éxito en Sociedad y en Quac tomaban textualmente de la televisión la declaración de cualquier personaje político, deportivo o de la farándula. La de Sociedad, para despedir la nota, utilizaba una frase muy famosa de Alfonso Lizarazo, el conductor de Sábados Felices: “La próxima semana, más cuentachistes”. La de Quac se presentaba con la frase “en Quac también hay espacio para el humor”.

El afán de protagonismo de buena parte de los poderosos (no sólo en Colombia, en el mundo entero) también es un arma que favorece a los humoristas. Muchas veces, con tal de salir en televisión, hablan más de la cuenta o dan declaraciones precipitadas de la que los humoristas suelen aprovechar.

El humor político es un arma invaluable para una sociedad. El humor permite decir o insinuar verdades, o plantear preguntas incómodas, con el tamiz de la broma, el juego. Permite decir, de manera relativamente amable, cosas que al decirse en serio pueden provocar agresión, hostilidad, respuestas violentas. Como decía Ricardo Rendón, son “aguijones revestidos de miel”. Y este es un punto que también amerita una reflexión. El humor político muchas veces termina siendo una válvula de escape que genera voces de alivio del tipo “siquiera le cantaron la verdad en la cara”, pero muy raras veces conduce a que se haga justicia. Al ser una válvula de escape (“un agujón revestido de miel”), hay quienes consideran que el humorista político, tal vez sin quererlo, termina siendo un aliado de la impunidad. Que ayuda a volver frívolo lo importante, divertido lo trágico y, en últimas, contribuir a que todo siga igual.

Para terminar. No hay nada más peligroso que un gobierno, un estado o una sociedad que se tomen tan en serio a sí mismos, que lleguen al extremo de no tolerar el humor, que lo castiguen o lo censuren.



[Larrivista](#)

Texto basado en el material de una charla que el autor ofreció en la Fiesta del Libro de Medellín de 2008. Algunos de los argumentos aquí expresados también los mencionó en la charla sobre humor en la pasada Feria del Libro de UNAB 2010. Y en los homenajes a Jaime Garzón. Y en Cátedra Semana. Y...